

LA VISIÓN

Unidad en la diferencia: un nuevo modo de pensar

Educar a un nuevo modo de pensar: unidad y diversidad

En el origen de las actuales fragmentaciones y oposiciones, que a menudo conducen a diversas formas de conflicto, se encuentra el **miedo a la diversidad** (cf. también el reciente *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, uno de enero de 2020). Reconstruir el tejido de la unidad y del encuentro, por tanto, solicita al pensamiento que dé un salto hacia adelante y cambie radicalmente su lógica habitual. Si la diversidad y la diferencia se siguen considerando hostiles a la unidad, entonces, la guerra estará siempre en la puerta, lista para manifestarse con toda su carga destructiva. El primer principio indispensable para la construcción de **un nuevo humanismo es, por tanto, educar a un nuevo modo de pensar, que sepa mantener juntas la unidad y la diversidad, la igualdad y la libertad, la identidad y la alteridad.**

La diversidad es indispensable para la unidad

Por eso, como escribe la *Evangelii gaudium*, para que florezca la flor de un nuevo estilo educativo, «es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas» (74). En pocas palabras, se trata **de comprender que la diversidad no solo no es un obstáculo para la unidad, no solo no la desestabiliza, sino que, al contrario, le es indispensable, es su horizonte de posibilidades: la unidad y la diferencia no se excluyen, sino que se necesitan.** De lo contrario, nos encontraríamos ante una unidad asfixiante, que elimina la alteridad, haciendo imposible la existencia del otro, pero también de sí misma; o experimentaríamos un desorden caótico, donde las identidades individuales son recíprocamente indiferentes, haciendo imposible cualquier encuentro.

La diferencia, bendición para la propia identidad

Por tanto, es necesario ejercer ese pensamiento que articula la unidad en la distinción y que **considera la diferencia como una bendición para la propia identidad** y no como un gran impedimento para la autorrealización. La tarea educativa debe intervenir, antes que nada, a este nivel, porque, como recordó el papa Francisco durante su visita a la Universidad de Roma Tre, «las guerras comienzan dentro de nosotros cuando no sabemos abrirnos a los demás, cuando no logramos hablar con los demás», cuando, en otras palabras, la alteridad se considera un obstáculo para la afirmación de la identidad.

Diálogo para trabajar por una cultura del encuentro y de la fraternidad

En la práctica educativa, el nuevo pensamiento inaugura, en consecuencia, un ejercicio dialógico en todos los ámbitos, que libremente hace partícipe a todo aquel que desee trabajar por una auténtica cultura del encuentro, del enriquecimiento recíproco y de la escucha fraterna: «También en las disputas, que constituyen un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, uno de enero de 2014), porque «**si cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad**» (*Laudato si'* 92).

Diálogo interreligioso para servir a la justicia y a la paz

En este sentido, el rol del **diálogo entre las religiones** es de crucial importancia, ya que «es una condición necesaria para la paz en el mundo y, por tanto, es un deber para los cristianos, así como para otras comunidades religiosas» (*Evangelii gaudium* 250). Es precisamente en la práctica dialógica que, de hecho, «aprendemos a aceptar a los otros en su modo diferente de

ser, de pensar y de expresarse. De esta forma, podremos asumir juntos el deber de servir a la justicia y la paz, que deberá convertirse en un criterio básico de todo intercambio. Un diálogo en el que se busquen la paz social y la justicia es en sí mismo, más allá de lo meramente pragmático, un compromiso ético que crea nuevas condiciones sociales» (*Evangelii gaudium* 250).

Práctica del diálogo y de la paz en la acción política y económica

A la luz de estas consideraciones, no podemos dejar de señalar que este pensamiento del diálogo y de la paz debe iluminar y guiar siempre más a aquellos que los ciudadanos han elegido para la gestión político-económica de la sociedad civil. Nunca hay una verdadera acción política fuera de un pensamiento y de una práctica del diálogo y de la paz.

La relación en el centro

El valor de la relación educativa: aprender también de los jóvenes

Entre los valores indispensables para reconstruir un pacto educativo, parece importante detenerse en el valor de la relación educativa. Con las palabras del papa Francisco podemos, de hecho, reiterar que «si bien por un lado no debemos olvidar que los jóvenes esperan la palabra y el ejemplo de los adultos, al mismo tiempo hemos de tener presente que ellos tienen mucho que ofrecer con su entusiasmo, con su compromiso y con su sed de verdad, a través de la que nos recuerdan constantemente que la esperanza no es una utopía y la paz es un bien siempre posible. Lo hemos visto en el modo con el que muchos jóvenes se están comprometiendo para sensibilizar a los líderes políticos sobre la cuestión del cambio climático. El cuidado de nuestra casa común debe ser una preocupación de todos y no el objeto de una contraposición ideológica entre las diferentes visiones de la realidad, ni mucho menos entre las generaciones» (*Discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las felicitaciones del año nuevo*, nueve de enero de 2020).

La relación entre profesor y alumnos educa a ambos

Como lo confirma la experiencia escolar, una educación fructífera no depende fundamentalmente ni de la preparación del profesor ni de las competencias de los alumnos; depende más bien de la calidad de la relación que se establece entre ellos. Muchos estudiosos de la educación han subrayado que no es el profesor quien educa al alumno en una transmisión unidireccional, ni tampoco es el alumno quien construye por sí mismo su conocimiento, es más bien la relación entre ellos que educa a ambos en un intercambio dialógico que los presupone y al mismo tiempo los supera. Este es, justamente, el sentido de poner en el centro a la persona que es relación.

Actuar con cabeza, corazón y manos

Esto implica también hacerse cargo concretamente de las situaciones reales en las que se encuentran muchos niños y niñas en el mundo de hoy. De hecho, no podemos ignorar que el discurso sobre la centralidad de la persona en cada proceso educativo corre el riesgo de volverse sumamente abstracto si no estamos dispuestos a abrir los ojos a la situación real de pobreza, sufrimiento, explotación, negación de posibilidades, en la que se encuentra gran parte de la infancia del mundo y, sobre todo, si uno no está dispuesto a hacer algo. Como lo expresa el papa Francisco, es necesario actuar siempre conectados con la cabeza, el corazón y justamente las manos.

El mundo puede cambiar

No leer los acontecimientos como hechos indiscutibles

Otro principio fundamental que hay que poner nuevamente en el centro de la agenda educativa es aquel por el que se afirma que el mundo puede cambiar. Sin este principio, el deseo humano, especialmente el de los más jóvenes, se ve privado de la esperanza y de la energía necesarias para trascender, para dirigirse hacia el otro. Esta cuestión fue bien identificada en la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI. De hecho, «a veces se perciben actitudes fatalistas ante la globalización, como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana» (*Caritas in veritate* 42). En realidad, no es así, por ello los acontecimientos culturales, históricos y económicos que se producen a nuestro alrededor, por muy grandes que sean, no deben ser leídos como hechos indiscutibles, determinados por leyes absolutas.

«Las cosas sí pueden cambiar»

Este es el mensaje que el papa Francisco quiso dar a los mismos jóvenes cuando, el trece de enero de 2017, en ocasión de la publicación del *Documento preparatorio del Sínodo sobre los Jóvenes*, les envió una carta. Uno de los pasajes más conmovedores de esa carta es el siguiente: «En Cracovia, durante la apertura de la última Jornada Mundial de la Juventud, les pregunté varias veces: “Las cosas ¿se pueden cambiar?”. Y ustedes exclamaron juntos a gran voz: “Sí”. Esa es una respuesta que nace de un corazón joven que no soporta la injusticia y no puede doblegarse a la cultura del descarte, ni ceder ante la globalización de la indiferencia. ¡Escuchen ese grito que viene de lo más íntimo!».

Escuchar el grito de jóvenes...

Hoy, esta última invitación se dirige a todos aquellos que tienen responsabilidades políticas, administrativas, religiosas y educativas: es el momento de escuchar el grito que surge del profundo del corazón de nuestros jóvenes. Es un grito de paz, un grito de justicia, un grito de fraternidad, un grito de indignación, un grito de responsabilidad y de compromiso para cambiar con respecto a todos los frutos perversos generados por la actual cultura del descarte.

...para alimentar la revolución de la ternura

Y es precisamente en la fuerza de este grito de los jóvenes (que encuentra cada vez más espacio en las numerosas manifestaciones que ellos dan vida) que todos, especialmente los que se dedican a la educación, deben encontrar la fuerza para alimentar esa revolución de la ternura que salvará nuestro mundo demasiado herido.

Arriesgarse al encuentro con el otro

Emerge con toda su fuerza, por tanto, la exigencia de estimular la fascinación por el sano riesgo y de despertar la inquietud por la realidad. Atreverse a tal inquietud es arriesgarse a salir de sí mismo, que implica «correr el riesgo [como leemos en la *Evangelii gaudium*] del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo» (88). Solo de esta manera el deseo recupera el impulso y se convierte en protagonista de su propia existencia, educándose en estilos de vida conscientes y responsables. Precisamente utilizando bien el propio espacio de libertad se contribuye al crecimiento personal y comunitario: «No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre producen frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente» (*Laudato si'* 212).

MODALIDAD A

PROPUESTA DE TRABAJO DIRIGIDO EN GRUPO

Compartimos en grupo nuestro trabajo personal.

- Vemos juntos qué sucede: qué dice el texto, qué refleja de la realidad.
- Nos damos cuenta de lo que pensamos y de lo que necesitamos hacer: qué nos dice el texto, a qué nos invita. Podemos ayudarnos de estas preguntas:
 - ¿En qué y cómo podemos «trabajar por una auténtica cultura del encuentro, del enriquecimiento recíproco y de la escucha fraterna»?
 - ¿Qué profesor recordamos por la calidad de su relación educativa? ¿Cómo y en qué nos influyó?
 - ¿Cómo «actuar siempre conectados con la cabeza, el corazón y las manos»?
 - ¿Cómo resuenan entre nosotros los gritos que nos piden cambiar «los frutos perversos generados por la actual cultura del descarte»: «un grito de paz, un grito de justicia, un grito de fraternidad, un grito de indignación, un grito de responsabilidad y de compromiso»?
- Concretamos qué podemos hacer (como directivos, como profesores, como alumnos, como familia): «Me comprometo a...»; «Nos comprometemos a...».

Visualización: una escuela de encuentro

«En la práctica educativa, el nuevo pensamiento inaugura un **ejercicio dialógico** en todos los ámbitos, que libremente hace partícipe a todo aquel que desee trabajar por una auténtica cultura del encuentro, del enriquecimiento recíproco y de la escucha fraterna».

- Me imagino que me encuentro en profundidad con personas distintas a mí y establezco un diálogo con ellas.
- Me encuentro con una persona que piensa políticamente de forma distinta a la mía. Sé cómo piensa, sé cómo vive. Lo escucho con atención. Acepto sus contradicciones. Cuestiono lo que me parece conveniente y escucho sus contestaciones. Me habla de la educación. Escucho lo que quiere decir. Nos despedimos y le agradezco el encuentro.
- Me encuentro con una persona que tiene una creencia religiosa distinta a la mía. Me cuenta cómo vive, cómo ha llegado hasta ahí. Lo escucho con atención. Pregunto lo que me cuestiona y escucho sus contestaciones. Me habla de la educación. Escucho lo que quiere decir. Nos despedimos y le agradezco el encuentro.
- Me encuentro con una persona que tiene una experiencia vital distinta a la mía. Veo cómo vive, qué le ha llevado a ello. Le escucho con atención. Me habla de la educación. Escucho lo que quiere decir y le cuento mi experiencia. Nos despedimos y le agradezco el encuentro.
- Noto los sentimientos que he tenido en cada ocasión. Y me doy cuenta de lo que he descubierto.